

LA CIENCIA Y LA IMAGINACIÓN EN WILLIAM BLAKE

William Blake es el único poeta inglés que tuvo como tema principal el cotejo de la ciencia y la imaginación. Para él, el error fundamental de la civilización de Occidente consiste en la separación de la mente y su objeto, la naturaleza; separación originada quizá por Aristóteles y ahora universalmente aceptada dentro de las sociedades seculares modernas. El mensaje inspirado y, sin embargo, incomprendido de Blake fue ni más ni menos que declarar y demostrar las desastrosas consecuencias humanas de esta escisión, y exigir una restauración de la unidad original del ser en la que los mundos externos e internos fuesen uno. A finales del siglo XVIII, la propia religión, en su forma teísta, la «religión natural», había dejado de cuestionar las definiciones de espacio, tiempo y materia elaboradas por la ciencia postcartesiana. En otras palabras, había dejado de percibir que cualquier explicación alternativa del universo natural pudiera ser considerada seriamente. El cuestionamiento de estas premisas por parte de Blake en su época —en la medida en que fue entendido— parecía mera excentricidad o locura.

No obstante, Blake no fue el creador de esas ideas a las que su genio imprimió tanta energía dinámica como para cambiar el curso de la historia: lo que hizo fue más bien otorgar coherencia y una unidad nueva y poderosa a las diversas tendencias de una tradición rechazada y excluida, azuzando su tigre a la Nueva Era cuyo inicio, proclamaba, era inminente. Contra el poder y el prestigio del pensamiento científico dominante en todas partes, Blake reafirmó la enseñanza tradicional de que el fundamento y el primer principio de toda creación es la mente; o, como él lo llamaba, la Imaginación. No dudaba que antes o después su mensaje sería comprendido, dado que él claramente había detectado la falacia, por entonces inadvertida, del pensamiento positivista prevaleciente. Estaba siguiendo, además, la profecía de Swedenborg relativa al advenimiento de una «nueva iglesia» en «los cielos» (los mundos internos y espirituales) en 1757, el año del nacimiento de Blake. De hecho, las asombrosas visiones de Swedenborg de los mundos internos pueden ser entendidas como un presagio de la preocupación de nuestro propio siglo por «los hechos de la mente». Ambos profetas se adelantaron a la historia, pues ha sido en nuestra época cuando han comenzado de hecho a producirse los cambios que ellos anticiparon.

Blake es incluso de algún modo un poeta del siglo XX. Durante su vida, sus grandes profecías existieron sólo en esos libros iluminados de los que él mismo era autor, grabador, tipógrafo, ilustrador y editor; vendiendo sólo una copia ocasional a sus amigos que los compraban como curiosidades. En 1893 Edwin J. Ellis y W. B. Yeats publicaron, en una edición limitada (Quaritch), tres volúmenes de texto y comentarios; pero no fue hasta 1925 cuando la edición de Keynes hizo que sus obras estuvieran verdade-

ramente disponibles. La reanudación del estudio de los mundos internos que ha tenido lugar desde entonces ha hecho finalmente posible la comprensión del pensamiento de Blake. Los escritos de Jung sobre la estructura de la psique iluminaron sus temas mitológicos. Pero incluso más relevantes para nuestro presente estudio acerca de aquello que Blake llamó Imaginación son los escritos de Henry Corbin acerca del *mundus imaginalis*, el mundo de lo «Imaginal», una cuestión a la que regresaremos.

Blake no cuestionaba el valor descriptivo de la ciencia natural; incluso llegó a escribir con apreciación poética sobre los cielos newtonianos:

Viajaban con silenciosa majestad por sus ordenados caminos
por senderos rectilíneos sobredimensionadas por proporcio-
nes de número, peso
y medida, prodigiosa moción matemática por el abismo.
(K287)

Cuestionaba la premisa, la asunción cartesiana de que hay cuerpos materiales situados en tiempos y espacios exteriores a la conciencia; la falsa premisa que separaba la mente de su objeto y daba cabida a la ciencia materialista que ya en la época de Blake había minado los fundamentos del conocimiento espiritual. Escribió Corbin en su introducción a la segunda edición de *Cuerpo espiritual y tierra celeste* (su última explicación de la naturaleza del *mundus imaginalis*):

Con la pérdida de la *Imaginatio vera* y el *mundus imaginalis* empieza el nihilismo y el agnosticismo. Ésa es la razón por la que afirmamos [...] que es necesario olvidar todo lo que los filósofos aristotélicos y similares han tenido que decir

acerca de la Imaginación, considerándola una facultad corporal.

Esto precisamente es lo que Blake se había esforzado por comunicar durante toda su vida: mediante el argumento discursivo y el aforismo memorable, por medio de la acción de su vasto drama mitológico, velado en la simplicidad engañosa de su verso lírico, descrito en pinturas simbólicas y ejemplificado en el llevar una vida de pobreza ennoblecida mediante la visión. En nuestro propio siglo la cuantificación del universo ha sido extendida a la propia conciencia humana. Hace poco me descubría sentada en un banquete universitario junto a un profesor de física que me dijo, claramente orgulloso, que hoy en día pueden diseñarse ordenadores que no sólo almacenen información, sino que también originen ideas de alguna forma indistinguibles de la intuición humana. Blake, que presentó la ciencia natural como la enfermedad mortal de la nación inglesa («el Gigante Albion»), cuyas «máquinas están tejidas con su vida», no se habría sorprendido de esta idolatría moderna. Lo que para Aristóteles era una distinción conveniente entre mundos mentales y fenoménicos ha devenido rechazo por parte de la ciencia positiva hacia cualquier orden distinto al suyo. Según Blake, el cuerpo corpóreo es «el traje y no el hombre», por lo que, en contraste con la ciencia que supone que el conocimiento es una función de órganos sensoriales, escribió: «No cuestionaría más mi ojo que una ventana en relación a lo mirado. Miro a través de él, no con él».

Mientras los deístas de su época no veían con dificultad la reconciliación de su religión con las premisas materialistas, Blake, con la lucidez de su comprensión imaginativa de las cuestiones en juego, proclamó que eso era

imposible: que lo herético no eran los descubrimientos de la ciencia, sino las premisas del materialismo. De modo que llamó a Bacon, Newton y Locke los «tres grandes maestros del Ateísmo o de la doctrina de Satán». Blake definió el ateísmo como la veneración de la naturaleza; «pues el que cree en la Naturaleza, dijo B., desconfía de Dios, porque la Naturaleza es la obra del Demonio». Así lo recogió Crabb Robinson, amigo de Wordsworth y diarista. En el mito de Urizen (la mentalidad racional), Blake plasmó cómo comprendía la creación de la «naturaleza» realizada por el Demonio. En cada alusión al mundo natural llevado a la existencia aparente como un universo autónomo fuera de la Imaginación, Blake la describe como una región de tristeza, amputada del suelo divino: el Infierno.

Desde sus primeros escritos hasta los últimos, Blake fue completamente coherente. Su pensamiento parte siempre de la comprensión nítida de que «Todo Existe en la Imaginación Humana» (K707). El mundo que contemplamos es un mundo de «visión», pues

... en vuestro Seno se alberga vuestro Cielo

Y vuestra Tierra, y todo lo que contempláis: aunque parezca estar

Fuera, se halla Dentro,

En vuestra Imaginación. (K709)

A los 31 años Blake grabó su primer libro iluminado, tres tratados contra la «religión natural» que se presentaban como un argumento discursivo contra la tesis de Locke según la cual «el hombre no es más que un órgano natural sometido a los sentidos» (K97). Mientras que Locke basó su sistema en la premisa de un orden material,

Blake toma como punto de partida la mente que percibe. «La verdadera facultad del conocimiento es la facultad que experimenta; de esa facultad me ocupo yo.» Para Locke el hombre es su cuerpo natural, un espejo o placa que recibe impresiones de un mundo exterior. Según Blake, «el Hombre verdadero» es «el Genio Poético» o «el Espíritu de la Profecía» —Blake no había hallado todavía el término que después usaría consistentemente durante el resto de su vida, la Imaginación—. Por medio de esa palabra, Blake se refería, como hizo Coleridge (su contemporáneo más joven), a una facultad activa y creativa, el «poder esemplástico» de Coleridge, «mi espíritu *creador* de la Imaginación». Para ambos poetas la Imaginación no es pasiva, sino activa: la creatividad divina en el hombre, la «imagen» de Dios en la que el hombre fue originariamente creado. Para Coleridge, la porción individual del «adorable YO SOY»; para Blake, el «Humano Divino», «Jesús la Imaginación».

La expresión de Blake, «el Hombre verdadero», probablemente derive de las traducciones platónicas y de los comentarios de su contemporáneo y conocido Thomas Taylor. Según Platón, «el Hombre verdadero es el intelecto». Al preferir los términos «Genio Poético», «Espíritu de la Profecía» e «Imaginación», Blake está eligiendo desde el principio un lenguaje más dinámico que el del paradigmático sistema platónico. En esto puede que recibiera la influencia de Jacob Böhme, cuyos escritos admiraba profundamente. La Imaginación en Blake es menos principio que Persona, «cuerpo» humano o «cuerpo de Jesús» con el que cual, al igual que el «Gran Hombre de los Cielos» de Swedenborg, todo ser humano se identifica; una Persona viva, activa y creativa. Este cuerpo no es, desde luego, corpóreo: el cuerpo de la Humanidad Divina; como

había insistido Swedenborg, no es ni largo ni pequeño, carece de dimensiones, al no estar sometido a las categorías cartesianas de espacio y cuerpo. Esta concepción blakeana y swedenborgiana del universo que lo presenta más como una Persona que como un objeto resulta muy extraña a la mente moderna. Sin embargo, esto no fue así en otras épocas, ni tampoco en otras civilizaciones. Corbin, al escribir sobre el misticismo iraní del Zend-Avesta, describe una perspectiva de las cosas muy cercana a la de Blake:

Comprender las intenciones que constituyen ese universo donde la Tierra se concibe, medita y encuentra en la persona de su Ángel, no es tanto una cuestión de responder a preguntas sobre las esencias («¿qué es esto?»), sino a preguntas en torno a personas («¿quién es?», «¿a quién corresponde?»). Por ejemplo, ¿quién es La Tierra, quiénes las Aguas, las plantas, las montañas, o a quién corresponden? La respuesta a estas preguntas presenta una Forma *imaginal*, y esa Forma *imaginal* se corresponde en cada caso con un determinado estado.

Blake también vuelve la mirada a un estado Paradisiaco en el que la humanidad se relacionaba con la tierra y todas las criaturas como personas vivas y no como objetos inertes, y lamenta el cese de ese estado a causa del desgarramiento que han sufrido los fenómenos que «viven, se mueven y tienen su ser» en la Imaginación viva.

Una Roca, una Nube, una Montaña,
Enmudecieron como en Climas de feliz Eternidad
Donde el cordero responde a la voz de niño, y el león
al hombre maduro
Dándoles amables instrucciones; donde la Nube, el Río

y el Campo
Hablan con el pastor y el labriego. (K315)

Todas las cosas están vivas porque su «lugar» y su ser participan de la vida de la Imaginación, la Persona suprema. En respuesta a la pregunta del poeta, «¿cuál es el mundo material, acaso está muerto?», un espíritu de la vegetación responde, «Te mostraré todo lo vivo / El mundo donde cada partícula de polvo exhala su alegría».

Pero, antes de continuar, hemos de dar la última y más completa definición de la Imaginación de Blake:

Este mundo de la Imaginación es el mundo de la Eternidad; es el seno divino al que todos iremos después de la muerte del cuerpo Vegetado. Este Mundo de la Imaginación es Infinito y Eterno, mientras que el mundo de la Generación y la Vegetación es Finito y Temporal. En ese mundo eterno existen las Realidades Permanentes de Todas las Cosas que vemos reflejadas en este Cristal Vegetal de la Naturaleza. Todas las cosas son comprendidas en sus Formas Eternas en el cuerpo divino del Salvador, Verdadera Vid de Eternidad, Imaginación Humana, que apareció ante Mí como Vi-niendo a Juzgar entre sus Santos y expulsando lo Temporal para que lo Eterno pueda Establecerse. (K605-606)

Mientras que para Locke la mente es el espejo pasivo de una naturaleza mecanizada, para Blake la Imaginación es a la vez la Persona y el «lugar» donde se sitúan todos los seres y acontecimientos. Es asombrosa la confirmación mutua que de nuevo se da en la comparación entre la Imaginación blakeana y el *mundus imaginalis* de Corbin, tal y como se describe en relación a sus estudios del misticismo iraní —tradición totalmente desconocida para Blake, a

pesar del platonismo subyacente en ambos conceptos—. Este *mundus imaginalis* es el «lugar» de todos los acontecimientos espirituales. Como escribe Corbin: «De modo que si uno desvincula todo esto de su propio territorio, es decir, de la imaginación activa, nada de esto tiene un “lugar”, y en consecuencia ya no puede “tener lugar”. Ahora sólo es lo “imaginario” de la ficción». «Imaginario» en el sentido de ficticio, inexistente, es exactamente lo que Urizen consideraba que era la Imaginación; una visión de la ciencia positivista que se resume con concisión en la frase: «El Espectro es el Hombre; el resto sólo es ilusión y fantasía» (K273) —siendo el «Espectro» el hombre corpóreo—. Blake luchó toda su vida contra esta perspectiva.

Otra fuente de su concepto de la Imaginación fue sin duda el *Corpus Hermeticum*. En el Libro Décimo (117-119) pudo haber leído lo siguiente:

Todas las cosas están en Dios no como si estuvieran descansando en un Lugar; porque un Lugar es al mismo tiempo un Cuerpo e inamovible, y las cosas que están allí situadas carecen de movimientos. Pues, por el contrario, descansan en lo incorpóreo, más que en la fantasía o la apariencia. Considera a aquel que contiene todas las cosas, y comprende que no existe nada con más capacidad que lo incorpóreo, nada más veloz, ni más poderoso.

Blake estaba a la vez familiarizado con las obras de Berkeley, filósofo irlandés del siglo XVIII, quien tomó asimismo muchos argumentos del hermetismo para su propia filosofía unitiva. Blake también conocía (en las traducciones de Thomas Taylor) los argumentos de Plotino contra la existencia sustancial de la «materia», a lo que denominaba *non-ens*, poseedora sólo de una existencia aparente.

Además, fue también seguidor de Swedenborg, para quien los «mundos» internos se habían abierto de manera reveladora. La declaración de Blake de su propia tarea profética se asemeja a la revelación existencial de Swedenborg:

¡No descanso de mi gran tarea!:

Abrir los Mundos Eternos, abrir los Ojos inmortales
del Hombre hacia el interior, a los Mundos de Pensamiento,
a la Eternidad
en continua expansión en el Seno de Dios, la Imaginación
Humana. (K623)

En un poema temprano, el *Libro de Urizen*, Blake describe en forma de mito la creación del mundo corpóreo. Antes de que Urizen comenzara sus tareas no había mundo temporal alguno:

No existía Tierra, ni globos de atracción;
la voluntad del Inmortal expandía
o contraía sus sentidos absolutamente flexibles;
no existía la Muerte, pero brotó vida eterna. (K223)

Debemos recordar que Blake no escribe acerca de la creación en términos de materia, sino de consciencia —«la facultad que experimenta»—. En un pasaje escrito muchos años después, sobre su pintura de una *Visión del Juicio Final*, desarrolló este tema:

Muchos suponen que antes de la Creación Todo era Soledad y Caos. Ésta es la Idea más perniciosa que puede entrar en la Mente, pues despoja a la Biblia de toda sublimidad y Limita Toda Existencia a la Creación y al Caos, al Espacio y Tiempo fijado por el Corpóreo Ojo vegetativo, y deja al

Hombre que contempla esa Idea la morada de los demonios Incrédulos. La Eternidad Existe, y Todas las cosas en la Eternidad, Independientes de la Creación. (K614)

Los «demonios incrédulos» de Blake son la misma incredulidad que, como Corbin pone de relieve, nos persuade de que la Imaginación —el *mundus imaginalis*— es tan sólo imaginario e inexistente. La lógica de Blake es contundente; es el argumento de todos aquellos que son conscientes de la realidad de este «lugar» incorpóreo donde la historia espiritual (del tipo descrito, por ejemplo, en la Biblia) «tiene lugar». La mente de la ratio, del ego empírico, crea fuera de la Imaginación la externalidad del mundo corpóreo, en lo que Blake llama «el vacío fuera de la existencia», «el petrificado caos abominable», «un vacío inmenso, salvaje, oscuro y hondo / donde nada era», «un mundo vasto de obstrucción maciza», «una horrenda vacuidad sin fondo». Es por encima de todo un mundo de muerte. La Imaginación es por naturaleza un mundo de vida inmortal; siendo incorpórea, no situada ni en el espacio ni en el tiempo, y, por tanto, no sujeta a cambio, generación ni putrefacción. Blake afirma con certeza que es el mundo «al que iremos después de la muerte del cuerpo Vegetado». Corbin afirma lo mismo acerca del mundo *Imaginal*:

Tomamos el paso decisivo en la metafísica de lo *imaginal* y de la Imaginación desde el momento que admitimos [...] que el poder imaginativo es una facultad puramente espiritual, independiente del organismo físico y que en consecuencia lo sobrevive.

Blake también llamó a la Imaginación «la tierra de la vida» y consideraba que como consecuencia de la identi-

ficación del «Hombre verdadero» con su cuerpo mortal se había perdido una comprensión y un conocimiento de la inmortalidad. El deísmo reemplazó el conocimiento del mundo de la Imaginación con la enseñanza de que el cuerpo mortal tiene «una vida después de la muerte». Se trata del mundo de Urizen, donde a los hombres se les enseña

que una vida Eterna aguarda a los gusanos de sesenta
inviernos
en alegórica morada donde nunca ha llegado la existencia.
(K240)

Ésta es la parodia de la religión natural acerca de la verdadera enseñanza de la inmortalidad. Por su parte, Blake la descartaba por considerarla un sinsentido.

Blake ha representado y descrito cómo los «eternos» otean el Abismo horrorizados, o los ha mostrado suspendidos boca abajo en el vacío mientras experimentan un «encogimiento» desde lo «humano» (es decir, lo imaginativo) a la forma «serpentina» del «gusano mortal» —el hombre natural.

Debemos recordar en todo momento que, según Blake, un «mundo» no está situado en un espacio cartesiano, sino en la consciencia; por tanto, todo cambio de consciencia modifica el mundo. La ideología científica positivista merma al hombre, que del ser ilimitado de la Imaginación es entregado a la mortalidad, la serpiente en la mitología de Blake. En el Génesis la Serpiente es condenada a arrastrar su vientre sobre el suelo y a comer polvo; como escribe Blake:

Pues polvo y Barro es la carne de la Serpiente,
que nunca se creó para ser Comida del Hombre. (K755)

La comida del «hombre verdadero» es «El Pan del Pensamiento dulce y el Vino del Deleite» (K800). En el mundo de Urizen los hombres se convierten en gusanos mortales y comedores de polvo. Esto se produce por medio de la mengua de las percepciones. Los «ojos» de los «habitantes» de las ciudades de Urizen están «encogidos», sus «cielos» se transforman en «cieno híbrido»:

... sus ojos
se empequeñecieron como los ojos de un hombre,
y en formas reptiles se encogieron juntos,
de siete pies de altura se quedaron. (K236)

Se «encogieron de la existencia» y «olvidaron su vida eterna»,

... cautivos en triste forma angosta
que se arrastra en carne reptil sobre el seno de la tierra.
(K484)

Blake pregunta:

¿Puede juzgar tal Ojo las estrellas?, y mirando por sus
conductos
¿medir los rayos solares que apuntan sus lanzas a Udanadan?
¿Puede tal Oído, lleno de los vapores de la profunda fosa,
juzgar la melodiosa arpa pura pulsada por una mano divina?
(K485)

El universo, según la tradición órfica, es la lira de Apo-

lo, de armonías de una divina manifestación vocal, de una celestial comunicación de significado y belleza. Cuando se destierra de la Imaginación —la «facultad que experimenta»— a los fenómenos, se les vacía de todo significado y conservan sólo una existencia cuantitativa. «Lo que está dentro ahora se ve fuera» y la humanidad «desamparada ante el viento hambriento» no vive ya en espacios incorpóreos inmensurables sino en «una Tierra pequeña y oscura». Pero ni siquiera de esta raza caída se aparta de forma definitiva el mundo de la Imaginación, pues en el interior de cada criatura «se expande la eternidad». El gusano mortal, oprimido por Urizen, la razón natural, tiene en todo momento acceso a la Imaginación originaria:

Él marchitó la Forma Humana
mediante leyes de sacrificio por el pecado,
hasta que se convirtió en un Gusano Mortal,
pero ¡oh!, traslúcido en su interior. (K651)

En su nuevo mundo de naturaleza materializada, Urizen todavía tiene que inventar un sistema de «leyes de la naturaleza», autónomo y autosuficiente, olvidando que, como habían establecido tanto la tradición platónica como todas las demás de tipo espiritual,

... todo Efecto Natural tiene una Causa Espiritual, y No
una Natural; pues la Causa Natural sólo es apariencia:
es una Delusión
de Ulro y una razón de la efímera Memoria Vegetal. (K513)

«Perdiendo la Divina Visión que todo contempla y de ese modo vive», Urizen cambia la eternidad por la «futura-
ridad», el infinito por el espacio interminable.

Sosteniendo que el conocimiento es un modo de conciencia, Blake no nos expone los argumentos de Urizen, sino que describe el materialismo racionalista como un estado de la mente, del ser. Presenta a Urizen como una parodia del Dios Padre, ansioso, ciego, problemático, un tirano triste. En el vacío de la «futura-
ridad» y de la materia siempre escurridiza, la Razón, con su tarea infinita, construye un «mundo de destino rocoso», «Petrificando la Imaginación Humana en roca y arena». Inventa las «leyes de la naturaleza», basadas en el peso y la medida, la extensión y la duración dentro de las categorías cartesianas,

... Santidad Matemática, Largo, Ancho y Alto,
llamando a la Imaginación Humana, que es Visión y
Fruición Divina,
donde el hombre vive eternamente, locura y blasfemia contra sus propias Cualidades. (K521)

En este mundo «fuera de la existencia», las criaturas se transforman en meras cosas, vaciadas de vida y significado. Los animales «errantes se apartan del hombre» en «mandas hurañas», y la naturaleza queda vacía de todo excepto de relevancia cuantitativa. Inevitablemente, los seres humanos también sufren un proceso de externalización y cuantificación:

Sus Hijos, exiliados de su pecho pasan de acá para allá
ante él,
sus aves callan en sus colinas, los rebaños mueren bajo sus
ramas. (K641)

Separada de la vida, la naturaleza ya no se experimenta, sino que tan sólo se observa:

... los Bosques huyeron,
los Campos de grano y los fragantes Jardines se apartaron,
como el Mar, las Estrellas, el Sol, la Luna. (K643)

Las criaturas, las compañeras del hombre en el Paraíso,
«erran apartándose por una noche distante».

La mentalidad racionalista de Urizen se sustenta en una pasión por la acumulación del único tipo de «conocimiento» que reconoce. Como dice Blake, para «evitar su propia desesperación», Urizen comienza a trabajar en las inmensas tareas de investigación de sus gabinetes —la gran aventura del descubrimiento científico—. Lo representa cargado con sus pesados «libros», donde guarda sus registros. Sin embargo, la razón no puede encontrar ni final ni un lugar de paz para el universo natural en un «... mundo de Aparatosas ruedas, / Círculo sobre Círculo,... / “.... cayendo a través de la inmensidad por siempre jamás”» (K316-317). En ningún momento la suma, o conocimiento cuantitativo, se convierte en la «totalidad» de la sabiduría. Blake describe las exploraciones de Urizen como viajes que lo llevan a través de los espacios exteriores de la astronomía newtoniana. Sin embargo, nuestro propio siglo ha encontrado dentro del mundo subatómico un vacío sin límites y una «vacuidad oscura» similares. La mente científica se propone «conquistar» la naturaleza; sin embargo, Urizen no es capaz de «calmar los Elementos, porque él mismo estaba supeditado a ellos». Esto es necesariamente así dentro de la definición positivista del hombre como «un órgano natural sometido a los sentidos». La imaginación incorpórea no está sujeta a los elementos, ni a su misericordia, como, en última instancia, lo materialista siempre permanece. Sea cual fuere el «progreso» que se haga hacia la Utopía científica, ésta no puede ser alcanzada

por la propia naturaleza de las cosas, pues la naturaleza es un mundo de mutabilidad y mortalidad en los términos de sus propias definiciones. Por lo tanto, Urizen está condenado a una «investigación» y a un «progreso» sin fin, «instigado por la necesidad de mantener / el malvado día lejos», sabiendo que en el núcleo de su filosofía está la *nihil* que el «espectro del raciocinio» no deja de susurrar a la nación inglesa:

Yo soy tu Poder Racional, Oh, Albion, y esa Forma Humana
que llamas Divina no es sino un Gusano de setenta pulgadas
de largo
que reptar en la noche y se seca al sol de la mañana. (K659)

Las grandes ciudades y los triunfos de la construcción tecnológica no son más que moldes de gusanos que el tiempo destruirá. La «futuridad» permite a Urizen posponer, pero no evitar el conocimiento de que «la desesperación es su eterno destino».

Pero, por encima de todo, Urizen se enorgullece de sus leyes racionales, de la universalidad y uniformidad de sus operaciones. No permiten ni excepciones ni variaciones. Por todo su mundo ha impuesto

una orden, una alegría, un deseo,
una maldición, un peso, una medida,
un Rey, un Dios, una Ley. (K224)

El conocimiento racional es uniforme, predecible, objetivo; una filosofía condenada, como dice el aforismo de Blake «Una Ley para el León y el Buey es Opresión» (K158), ilustrado por la terrible imagen de Nabucodonosor condenado a comer hierba.

Espero que resulte ya evidente que Blake no estaba convirtiendo en un asunto vital algo que en realidad es meramente una cuestión terminológica. Alguien podría preguntarse qué diferencia puede haber, puesto que la percepción y experiencia del mundo no varían tanto si consideramos los fenómenos como materiales o mentales. Para Blake, la «ruptura dolorosa» del *unus mundus* consiste en una herida abierta en la misma conciencia, tal y como lo describe en su mito. Como escribió, consideraba esencial «para el bien de la vida eterna» sanar esa separación. El conocimiento no consiste en hechos, sino en la experiencia: el conocimiento es inseparable de la vida. Pero el universo de Urizen está construido «fuera de la eternidad», es decir, fuera de la vida de la Imaginación. Nuestro mundo no depende, como nos había enseñado Locke, de la recepción de estímulos de un universo mecanizado, sino de la «facultad que experimenta», la mente del observador. Esto explica la afirmación de Blake de que «un necio no ve el mismo árbol que un hombre sabio»:

... para los Ojos del Hombre de la Imaginación, la Naturaleza es la propia Imaginación. Como el hombre sea, Así Ve. Como el Ojo esté formado, así son sus facultades... Para Mí este Mundo es Una sola y continua Visión de Fantasía o Imaginación. (K793)

Definiendo el mundo como «una visión continua», Blake sigue a Berkeley, quien también trató de sanar la división entre la percepción y su objeto. Bien podría Blake haber estado parafraseando a Berkeley al escribir:

Las Cosas de la Mente son por sí mismas Reales; lo que se llama corpóreo, nadie conoce su morada: es Falacia y su

Existencia es una Impostura. ¿Dónde está la Existencia Fuera de la mente y el Pensamiento? ¿Dónde radica si no en la mente de un Necio? (K617)

Para Berkeley todas las cosas existen en la mente de Dios; Blake fue más allá al declarar que la Imaginación humana es lo divino en el hombre. Un obispo del siglo XVIII podría haber titubeado abiertamente a la hora de dar el paso de Blake. Con toda certeza, Blake disponía de la autoridad del *Corpus Hermeticum*. En la sección titulada «Poimandres», tanto Blake como Berkeley pudieron leer: «Eso que en ti ve y oye, la palabra del Señor, y la mente, el Padre, Dios, no difiere lo Uno de lo Otro». En su inflexible aserto sobre la identidad de la Imaginación humana con la Persona y el mundo divinos, Blake afirma la tradición sagrada al tiempo que proclama la doctrina de la Nueva Era que predijo que debería sustituir lo que Yeats llamó después los «tres siglos provincianos» del materialismo simplista.

Para el «hombre de la Imaginación», la naturaleza vive con el aliento de la Imaginación que la percibe. De esa forma, las experiencias del materialista y del hombre de la Imaginación son inconmensurables, con diferencias no de grado, sino de tipo. Defendiendo el arte que brota de la Imaginación en contraposición al arte «distinto e inferior» derivado de la imitación de la naturaleza, Blake insiste en que la «alegoría» (derivada de la naturaleza) y las «Visiones de la imaginación deberían ser conocidas como Dos Cosas Diferenciadas, y así llamadas por el Bien de la Vida Eterna» (K604-605). Por el bien de la vida eterna porque la Imaginación es vida eterna. Por eso cuando Blake habla del polvo como «completamente vivo» no está personificando una partícula de polvo inerte; por el contrario, eso

es lo que entendió por alegoría. Sin duda, así lo interpretarían los copistas de la naturaleza, pues Urizen dispone tanto de artistas como de científicos. Pero Blake afirma que esas partículas no sólo están vivas, sino que también son humanas, pues existen en la Imaginación humana:

Cada grano de Arena,
cada Piedra en el Campo,
cada roca y cada colina,
cada fuente y riachuelo,
cada hierba y cada árbol,
montaña, colina, tierra y mar,
Nube, Meteoro y Estrella
Son Hombres Vistos desde Lejos. (K804-805)

Porque todos son Hombres en la Eternidad, Ríos, Montañas, Ciudades, Pueblos,
Todos son Humanos, y cuando se entra en su Seno se camina
Por Cielos y Tierras, igual que en vuestro Seno se alberga
vuestro Cielo
Y vuestra Tierra y todo lo que contempláis; aunque parezca
estar Fuera, se halla Dentro.
En vuestra Imaginación, de la que este Mundo de Mortalidad no es sino una Sombra. (K709)

A Blake se le ha considerado un «místico» –creo que de forma incorrecta si la palabra se entiende en un sentido negador del mundo–; y un «visionario» –implicando una percepción paranormal, real o irreal–. Pero el mundo de la visión de Blake no es *otro* mundo, sino este mundo, sólo que visto de forma diferente. El mundo interno de Blake es el mundo externo. Sus «visiones de la eternidad» son lo que cada hombre ve a su alrededor cada día, pues perma-

nece en el centro de su propio universo en el que «cada espacio es visionario»:

Y todo el Espacio que un Hombre contempla en torno
a su morada
sobre su propio tejado o en su jardín sobre un montículo
de veinticinco codos de alto, tal espacio es su Universo:
y en su linde el Sol sale y se pone; las Nubes se inclinan
para alcanzar la Tierra plana y el Mar en tal Espacio
ordenado.
Los Cielos Estrellados no se prolongan más, sino que se curvan y pliegan
Por todos lados y en los dos Polos giran sobre sus valvas
de oro;
y si muda su morada, su cielo también se muda
allí donde vaya, y todos sus vecinos lloran su pérdida.
Tales son los Espacios llamados Tierra y así es su dimensión.
(K516)

Todos los espacios y tiempos existen dentro de la mente, y son «flexibles» y siempre cambiantes. Urizen se enorgullecía de la unidad e inmutabilidad de su «Única Ley para el León y el Buey»; el universo de la ciencia es un universo único. Por su parte, la Imaginación es una pluralidad de universos. O quizá sería más correcto decir que mientras la «naturaleza» impone un objeto a muchas mentes, en el mundo de la Imaginación la Mente única crea universos innumerables. Dentro de la unidad viva de la Imaginación se mueve una sucesión infinita de «visiones» o «mundos» de pensamiento: «En continua expansión en el Seno de Dios, la Imaginación Humana» (K623). Los tiempos y lugares de la Imaginación, siendo incorpóreos, no son distancias o duraciones naturales, o quizá tan sólo

lo sean de la manera que los espacios y duraciones de nuestros sueños.

En el mundo eterno, Los y Enitharmon (los representantes del tiempo y el espacio en el mito de Blake)

... caminaban por la Tierra cubierta de rocío
contrayendo o expandiendo sus sentidos flexibles
a voluntad para susurrar a las pequeñas flores como la abeja
melífera,
a voluntad para extenderse por los cielos y saltar de estrella
en estrella. (K288)

Coleridge escribió que no había conseguido hacer entender a Wordsworth que podía saltar por el contorno de una montaña lejana, pues Wordsworth (poeta como era de «naturaleza» newtoniana) no podía entender cómo era posible «estar» en un lugar de otro modo que «corporalmente». Sin duda alguna, Coleridge conocía, al igual que Blake, un pasaje del *Corpus Hermeticum* (Libro 10, 120-122) donde se expone con gran belleza la doctrina blakeana de la Imaginación como el lugar de todos los espacios:

Y juzga esto por ti mismo, ordena a tu alma que viaje a la India, y antes de que puedas pedírselo, ya estará allí. Pídele igualmente que sobrevuele el océano, y de repente estará allí; no como si fuera de un lugar a otro, sino que de repente estará allí. Ordénale que vuele al Cielo, y no necesitará Alas, tampoco podrá impedírselo nada.

¡Qué fácil es trocar la hierba en bosque en la infancia, o descender a las grutas ardientes del carbón llameante! Esta capacidad para el ensimismamiento es la que inició a Gaston Bachelard en los espacios internos de gemas y be-

lloas, en las raíces de los árboles, en el interior de las cosas, en las ascensiones eufóricas del alma a las alturas del aire junto a la alondra o en los descensos a los inframundos del océano, o al interior de la tierra, donde el cuerpo no puede acompañar al pensamiento.

De hecho, cada criatura es un universo infinito. De ahí que en *El Matrimonio del Cielo y el Infierno*, Blake pregunte:

¿No sabéis que cada Ave que surca la etérea senda
es un inmenso mundo de gozo, circundado por vuestros
cinco sentidos? (K150)

En las *Visiones de las Hijas de Albion*, Blake contrapone los espacios como de un mundo de ciencia ficción de Eocke, que

se despliegan en el infinito microscopio
en lugares aún no visitados por el viajero, y en mundos
más allá de otras clases de mares (K192)

con la naturaleza inagotable de la propia vida, con la ilimitada variedad de vida. Los órganos de los sentidos son bastante parecidos en la gallina, el halcón y la paloma, en el ratón y la rana, en el asno y el camello, en el lobo y el tigre; cómo se explica entonces en términos físicos que sean

... sus refugios
y sus afanes tan diferentes como sus formas y alegrías.
(K191)

Ciertamente viven en mundos diferentes; sin embargo, no tienen la necesidad de cruzar un «espacio» externo, ni

interno, para encontrarlos. Cada criatura vive en la libertad total de su Imaginación; y Blake concluye su maravillosa evocación poética de la variedad ilimitada de mundos con su respuesta a «la Misma Ley para el León y el Buey» de Urizen:

Y los árboles y las aves y las bestias y los hombres contemplan su eterna alegría.
¡Levantaos, leves alitas, y cantad vuestra alegría infantil!
Levantaos, y bebed vuestra dicha, pues todo lo que vive es sagrado. (K195)

Blake hace una reivindicación final en nombre de la Imaginación en su repetida afirmación de que «todo lo que vive es sagrado». Mediante esto quiere decir que la propia vida, como tal, es sagrada. Pero ¿qué significan estas palabras? ¿Acaso no es una cuestión de opinión que la vida sea o no sea «sagrada»? ¿No se trata de un mero juicio de valor que podemos aceptar o rechazar?

En los términos de la ciencia material, decir que la vida es «sagrada» no tiene significado alguno. De hecho, aquello que la ciencia llama «vida» no coincide con el sentido que la palabra tiene para Blake. Para la ciencia ésta no es más que una entre otras maneras posibles de comportamiento de la materia, un proceso que puede ser descrito y cuantificado. Si a un fisiólogo se le dice la palabra «vida» hablará de química, o de ondas eléctricas emitidas por el cerebro; un especialista en genética hablará del ADN o de algo por el estilo. Pero en los términos de Blake nada de eso es «vida» en absoluto; ni hay ninguna continuidad entre la «vida» como algo experimentado y ese tipo de fenómenos físicos secundarios. Son inconmensurables. Las descargas eléctricas pueden indicar que un sujeto está so-

ñando, pero no nos pueden decir nada acerca del sueño en sí mismo, de sus campos y jardines, de las personas y acontecimientos imaginados. La diferencia no es de grado, sino de clase: la «naturaleza» puede ser medida pero no experimentada, la experiencia es inconmensurable.

Urizen usa la palabra «sagrado» en un sentido completamente diferente. Por ejemplo, considera que el fenómeno de la medición es sagrado en la medida en que está por encima del argumento o de la duda, y más allá de ambos, porque bajo ninguna circunstancia puede ser cuestionado: «La santidad matemática de Satán, la Longitud Anchura y Altura». O las leyes pueden decretar que la estatua de César deba ser adorada so pena de muerte, o que un edificio sea consagrado a algún culto. En estos casos la «santidad» es atribuida a una persona, lugar o cosa, pero no es inherente a ella. Pero la santidad, en el sentido en que Blake declara que la vida es sagrada, es inherente a la Imaginación viva, que es, tanto por definición como por experiencia, el «cuerpo divino», la «tierra sagrada», el *témenos*, el santuario. El sentido de lo sagrado es la experiencia misma. De hecho, lo sagrado existe sólo en tanto se experimenta. La condena final de la filosofía positivista del Occidente moderno es que ha impuesto a grandes masas de la humanidad una ideología que imposibilita la experiencia de las regiones más profundas del alma. Quizá incluso una mayoría del Occidente ateo sufra durante su vida adulta una privación del alma, desconocedora siempre de la experiencia de lo numinoso, del sobrecogimiento, de la abrumadora alegría, del miedo y el asombro que es natural que sintamos ante la presencia de lo sagrado. Probablemente nunca conozca la experiencia de la adoración, y tampoco se sentirá abrumada, como lo estuvo Moisés, ante un arbusto en el desierto ardiendo con el fuego de Dios.

Asimismo, le resultará ajeno el terror que invadió a Arjuna cuando el dios Krishna le reveló su presencia formada por miríadas. Puesto que estamos hablando de experiencias que conforman nuestra humanidad —y que innumerables hombres y mujeres a lo largo de la historia del mundo han conocido—; se trata de una verdadera mutilación, de una enfermedad mortal, de una muerte espiritual (y así lo llamaba Blake) que priva a muchos de la realización humana por excelencia. Eso es lo que Blake quiso decir cuando escribió que sus palabras sirven para nuestra «salvación eterna»; pues él nunca exageraba en esas cuestiones, quería decir exactamente lo que decía. La eternidad es la visión Imaginativa, y la Imaginación es «Salvadora». Absolutamente todo su trabajo intelectual buscaba traer de vuelta, hacer accesible, la experiencia de la santidad de la vida, que la nación inglesa había perdido completamente, estando como estaba sometida a la dominación del ateísmo materialista. Y, sin embargo, el sentido de la santidad de la vida es la norma humana, «la existencia humana en sí misma». La ideología materialista occidental es una mutilación de la consciencia, pues imposibilita la experiencia de un mundo vivo y hace del conocimiento una fórmula y no una experiencia. Blake usa la música como ejemplo. La ciencia puede describir «la disonancia y la armonía», pues son cuantificables, pero no nos puede decir nada acerca de la melodía. La melodía sólo puede ser experimentada en términos de significado, y por la Imaginación, que responde al universo como «un arpa pulsada por una mano divina».

Es duro ver que una filosofía que estrecha el abanico de las experiencias humanas posibles, que imposibilita para siempre el desarrollo de ciertas potencialidades del alma, reivindique «la verdad» más grande. Blake llama a

Urizen «el interrogador idiota» que puede interrogar pero no responder. Por el contrario, el hombre de la Imaginación nunca

acusará a los Visionarios de mentir
ni llamará sabios a los Hombres por no Creer. (K756)